

VANGUARDIA.

Cuatro batallones de infantería ligera.
 Batallon de Zapadores.
 Tres piezas de artillería.
 Seccion de parque.
 Regimiento de Húsares.
 La primera division de infantería, á las órdenes del General D. Manuel M. Lombardini, con cuatro cañones.
 La Segunda Division de Infantería, á las órdenes del General D. Francisco Pacheco, con cuatro cañones.
 La Tercera Division de la misma arma, á las órdenes del General D. José María Ortega, con tres cañones.
 La Division de Caballería, á las órdenes del General D. Julian Juvera, sin artillería.
 El Parque General.
 Los ranchos de los cuerpos.
 Cerraba la retaguardia, una brigada de caballería, al mando del General D. Manuel Andrade.
 El General D. José Vicente Miñon, con mil doscientos caballos, se separó del ejército con una comision especial.
 Apenas el ejército se había puesto en movimiento, comenzó á soplar un viento helado del Norte, que fué arreciando á proporcion que se acercaba la noche.
 Al oscurecer, pasamos por el Tanque de la Vaca, célebre por las frecuentes hazañas de los salvajes, y que á la sazón estaba seco.
 Á la media noche, hicimos alto en el Llano de la Guerra, á la falda del Puerto del Carnero.
 Los batallones, se acostaban formados en columna, segun iban llegando. La caballería, permaneció con brida en mano.
 Las últimas tropas, se incorporaron á la madrugada.
 A pesar de la prohibicion que había de hacer fuegos, las mujeres de los soldados, y los marmitones, incendiaron las palmas de la falda del monte, y las de los lados del camino; de suerte, que se veía el campo iluminado en todas direcciones, haciendo la luz vivo contraste con el fondo negro del cielo.

Pronto cundió el mal ejemplo; y la tropa, y áun los oficiales, incendiaron tambien las palmas.

El General en Jefe, desde su carruaje, donde pasó la noche, vió la falta, y tuvo que resignarse á disimularla, tanto por el origen que ella tenía, como en consideracion al rigor del frio, á la violencia del viento, y á la falta de abrigos de la tropa.

Casi nadie pudo dormir.

El enemigo, que probablemente tenía noticia de nuestra marcha, replegó sus avanzadas y puestos de observacion.

A pesar de esperarse un combate, acaso terrible al amanecer, todos deseaban la venida del dia para que cambiase la temperatura.

Febrero 22.

Amaneció el dia frio.

Á las seis de la mañana comenzó el movimiento del ejército, que iba preparado para entrar en combate, sobre la Hacienda de Agua-Nueva.

Desde la víspera, como llevo dicho, se había separado de la columna con mil doscientos caballos, el General D. José Vicente Miñon, con objeto de practicar una operacion especial.

Esta operacion, consistía en cortarle la retirada al enemigo situándose á su retaguardia, sobre el camino del Saltillo.

En consecuencia, el ejército marchaba entónces en dos columnas por líneas divergentes.

Cuando la vanguardia de la columna principal, compuesta de los cuerpos ligeros, llegó delante de Aguanueva, encontró que la hacienda estaba abandonada. El enemigo había destruido todo lo que no pudo llevar, dado muerte á los animales y puesto fuego á la hacienda.

Sin dar tiempo para que la tropa bebiese agua ni cargase las caramañolas, se le obligó á continuar la marcha á paso precipitado. Se hizo pasar toda la caballería, al galope, por la derecha de la columna, para apoyar la vanguardia en su persecucion al enemigo, que se suponía en plena retirada, lleno de desmoralizacion.

Así se podía creer, al ver el camino regado de efectos de atalaje, y cuatro ó cinco carros abandonados en distintos lugares.

Pero el enemigo se había posesionado de la Hacienda de Buena-Vista, y del Puerto de la Angostura, que sin duda tenía reconocidos de antemano, y allí esperaba con la mayor tranquilidad.

Cuando el General Santa-Anna, que iba en la vanguardia, se aperció de la presencia del ejército americano, se halló en una posición muy crítica.

No contaba más que con los cuatro batallones ligeros y con dos mil quinientos caballos, que poco hubieran servido en aquel terreno.

Si el enemigo, descendiendo de sus posiciones, ataca vigorosamente al General Santa-Anna, el resultado probable fuera que lo hubiese derrotado; y rechazada aquella fuerza en desorden sobre la gran columna de viaje, cuyos cuerpos iban á largas distancias unos de otros, no pudiendo hacer más que esfuerzos parciales, hubieran corrido la misma suerte que la vanguardia.

Sin duda, conociendo esto el General Santa-Anna, trató de ganar tiempo; al efecto, mandó de parlamentario al campo enemigo, al Inspector del Cuerpo Médico-Militar, General D. Pedro Vanderlinden, quien es de suponerse que llevaría instrucciones para entretener al General Taylor todo el tiempo que le fuere posible.

Ostensiblemente, iba á intimar la rendición del Ejército Americano, anunciando al General enemigo que se hallaba rodeado por veinte mil hombres. Como era de esperarse, el General Taylor rechazó la intimación, pero de aquella bravata se valió después, para asentar que había sido atacado por veinte mil mexicanos.

Mientras esto pasaba, iban llegando los batallones, y formando la línea de batalla: pero la cola de la columna no se incorporó sino cuatro horas después.

Se había caminado cerca de veinte leguas en veinticuatro horas, no se había dormido; y las tropas, llegaban al frente del enemigo, poco menos que en ayunas.

El ejército formó en varias líneas, ocupando los puntos elevados que el terreno ofrecía: el general hizo cubrir fuertemente, una alta montaña **A**, en que se apoyó nuestra derecha, y que el enemigo había descuidado.

Entretanto se verificaba la formación de nuestras líneas **BB'**, la artillería de uno y otro campo hacía algunos disparos, pero sin empeñarse nada serio. Mientras, los batallones que estaban en las líneas, se relevaban, uno, á uno, para bajar á llenar sus caramañolas, en un arroyuelo de agua cristalina, que venía del campo enemigo, y que atravesaba el nuestro en toda su profundidad.

Al observar el General Taylor que los cuerpos ligeros subían el cerro de la derecha, mandó inmediatamente á sus rifleros para impedirlo. Esto produjo un combate bastante vivo, que duró toda la tarde, circunscrito al mencionado cerro, hasta que al oscurecer nuestros soldados quedaron dueños del terreno, ocupando la eminencia disputada.

El toque de diana que dió un clarín del Primer Ligero, hizo saber al ejército que el enemigo era rechazado, y que el cerro estaba en nuestro poder. Esto produjo gran entusiasmo en las tropas.

En este combate se distinguió el capitán D. Luis G. Osollo.

La noche puso en quietud á los combatientes, y el Ejército Americano encendió sus fogatas.

Las posiciones de los dos ejércitos, se marcan en el croquis número 2 adjunto; la del Mexicano, con líneas verdes **B**, y la del Americano con líneas amarillas **C**.

La posición de la Angostura, le daba al enemigo una incontestable superioridad sobre nosotros.

Dos cadenas de montañas corriendo casi paralelamente, se estrechan en aquel lugar, en donde forman un puerto bastante angosto.

Las montañas de la derecha, son más elevadas que las de la izquierda, y sus faldas se prolongan en forma de lomas, hasta ocupar próximamente la mitad de la anchura de la cañada que las mencionadas alturas determinan.

Las aguas que de ellas descienden, han cavado profundas barrancas, que bajan casi perpendicularmente al camino que va de Aguaveva al Saltillo; terminando, como es natural, en la parte más baja de la cañada.

Pero las aguas depositadas en aquel terreno esponjoso se filtran con facilidad; y secándose después la tierra con los ardientes rayos del Sol, se desagregan sus componentes, produciendo hundimientos

y grietas, que hacen intransitable aquel lugar, áun para hombres que no tuviesen que atravesarlo á viva fuerza.

El camino que corre al pié de las lomas, siguiendo las inflexiones que éstas presentan, dividía en dos partes nuestro campo y el del enemigo, en el sentido de la profundidad.

Los americanos, ocupaban á su derecha, una loma bastante elevada, que se apoyaba en los cerros que corrían perpendicularmente á nuestra izquierda, sirviéndole de defensa el terreno esponjoso é intransitable de que se ha hecho mencion.

Por la parte oriental de esta loma pasa el camino para el Saltillo.

Se extendía en seguida la batalla americana, desde este camino hasta las alturas de nuestra derecha, donde apoyaba el ala izquierda; sirviendo de fosos á todo este frente las barrancas que tenía delante, y que eran casi paralelas á él.

El General Santa-Anna, ocupó tansolo el terreno comprendido á la derecha del camino, con excepcion de un batallon, que colocó para observar en la garganta **O**.

Tenemos, pues, que la derecha del enemigo era casi inatacable; su frente, extraordinariamente fuerte; y, su izquierda, muy bien apoyada en las alturas.

En la cadena de montañas de la izquierda, hay dos gargantas que marco con las letras **P** y **Q**, (véase el croquis,) las cuales podían facilitar el paso, á tropas que pasando por detras de los cerros fueran á caer inopinadamente sobre el flanco ó á la espalda de uno de los combatientes. Pero, ni el General Santa-Anna, ni el General Taylor pensaron en esta operacion, que podía haber sido decisiva.

Teniendo ya una idea aproximada de la configuracion del terreno, cosa tan necesaria para poder juzgar con acierto, y comprender la marcha de la batalla; será bueno tambien, hacer un exámen comparativo de los ejércitos que iban á combatir.

El americano, aunque formado por medio del enganche, se compone de gente de una civilizacion relativamente adelantada. Su Gobierno remunera ampliamente á la fuerza armada, que nunca sufre atrasos en sus haberes, porque siempre estan repletas las arcas del tesoro.

El vestuario, es de buena calidad; los alimentos, sanos y abundantes; y el sueldo, más elevado que el de otros ejércitos.

Aunque las instituciones de los Estados Unidos sean republicanas, la ordenanza del ejército es severa, y la disciplina perfecta.

La instruccion de la oficialidad es muy vasta; por que en el Ejército Regular, no es admitido ningun individuo en calidad de subalterno, sino despues de haber sido aprobado, al concluir sus estudios, en la Escuela Militar.

Ascienden á los empleos superiores, por su escala, ó por servicios distinguidos.

Á los sargentos, no les es permitido optar á la clase de oficial.

Los generales, son oficiales de mérito que han encanecido en la carrera.

La parte débil del Ejército Americano son los voluntarios: sus jefes y oficiales son nombrados por ellos mismos, ó por las autoridades del Estado donde se levantan los cuerpos.

Cuando algun individuo goza de bastante prestigio para levantar un regimiento, generalmente se hace su coronel y nombra sus oficiales.

Estas fuerzas son por lo regular poco disciplinadas, cometen desórdenes en el país que recorren, les agrada batirse de preferencia á la desbandada, y dejan el servicio el dia que cumplen el tiempo de su empeño, áun cuando sea la víspera de una batalla.

En cambio, tiran bien, se baten con más encarnizamiento, si se quiere, que las tropas regulares, aunque no tengan su solidez ni su constancia.

El Gobierno Americano, puede levantar de esta clase de tropa, el número que desee.

Puesto en campaña el Ejército Americano, no cuenta para subsistir con los recursos que le ofrece el país donde hace la guerra.

Su proveeduría, que le surte con las remisiones que le hacen, ó por medio de contratas que generalmente paga al contado, se halla bien provista de sanos alimentos; de suerte que, áun en medio del desierto, el soldado se nutre como si estuviera en los centros de poblacion.

Los trenes de carros, para la conduccion del Parque General, de la Proveeduría, del Hospital Ambulante, del Tesoro y de los equipajes, están perfectamente arreglados.

Se componen de vehículos ligeros de cuatro ruedas, tirados por ocho mulas, y que pueden transitar por donde lo efectúa la artillería de batalla, y seguir al ejército en sus más largas jornadas. Estos trenes, son de propiedad del Gobierno ó contratados conforme á modelo.

El armamento de la Infantería de Línea, se compone de fusil de percusion de quince adarnes, con bayoneta; se carga con bala y tres postas, siendo la pólvora de superior clase.

La Caballería, que puede clasificarse como mixta, ó dragones, usa mosqueton, pistola y sable: está montada en caballos frisones.

La Artillería, es del sistema de Paixhans. Sus baterías, se componen de cañones de los calibres de á 6 y de á 12 de batalla, y de obuses largos de á 24 y de á 36, ó sea de 15 y 16 centímetros.

Las baterías, tienen carros de municiones que las siguen á todas partes, para proveerlas durante el combate.

En cuanto al número de tropas que el General Zacarías Taylor presentó en la Angostura, no pude juzgar, sino aproximadamente, por lo que ví.

Los americanos se presentaron en dos líneas, y su reserva; y nuestros ataques fueron siempre cubiertos, con poca diferencia, con líneas de igual extension que las nuestras.

Dando á la caballería la justa importancia que debe tener, eran relativamente débiles en esta arma, y por consiguiente, fuertes en infantería, cuya combinacion era perfectamente adecuada al terreno que defendian.

El número de cañones de batalla, muchos de ellos ligeros, y todos arrastrados por magníficos tiros de caballos frisones, parece que ascendía á veintiseis. Parte de estos cañones, podían maniobrar en lo más escabroso de aquel terreno.

En resúmen: el Ejército Americano debe haber presentado en batalla, cuando ménos de siete á ocho mil hombres, con veinte piezas de artillería, en una posicion muy fuerte.

Conocido algun tanto el Ejército Americano, pasemos á hacer un estudio del nuestro.

Como es sabido, el Ejército Mexicano se forma por medio de la leva; es decir, que se toman en la calle por la fuerza, aquellos tran-

seuntes que por su humilde condicion no oponen resistencia á la violencia que se les hace.

Conducidos á los cuarteles, allí se les obliga, con la vara del cabo, á aprender el manejo del arma, lo muy indispensable del servicio, y algunas evoluciones.

Como es natural, con semejante sistema no ingresa á las filas sino la gente más ignorante y abyecta del pueblo; es decir, la que ménos interés tiene en defender la Patria.

Ni la raquitis; ni el tener familia numerosa; ni el ser vicioso; son excepciones para librarse del servicio: y entre la multitud de infelices que son arrancados de sus hogares, la raza indígena, da por lo regular, el mayor contingente.

Los sueldos son cortos y mal pagados. Tropas ha habido que por muchos años no recibieron su paga completa; y muchas veces hubieran perecido, si no apelaran al trabajo corporal, para ganar su preciso sustento.

Suele darse vestuario lujoso, á las tropas que se hallan de guarnicion en las grandes ciudades, para estrenar en las festividades civiles y religiosas; pero las que se hallan léjos, carecen á veces de lo más preciso.

Puntualmente, en el ejército que marchó á la Angostura iban batallones que llevaban á raíz del cuerpo unas malas levitas; que carecian de frazadas, y de capotes, con que abrigarse; y cuyos schacots eran de palma forrados de indiana.

El alimento que se da á nuestros soldados, consiste en un rancho no siempre bueno ni abundante, que se hace descontando á cada individuo, un real diario. Pero en campaña, donde faltan los recursos ó el tiempo para confeccionar el rancho, á consecuencia de las largas jornadas que se obliga á hacer á nuestra tropa; se suministra á cada soldado, un pedazo de carne cruda, unas cuantas *tortillas*, ó un puñado de maíz.

La ordenanza que observa el Ejército Mexicano, es la misma que regía durante la dominacion española; mas á consecuencia de las revoluciones, la disciplina se halla notablemente relajada.

La oficialidad, es heterogénea. Una parte de ella sale á las filas, del Colegio Militar: otra, asciende de la clase de sargentos:

y tambien ingresan al ejército, no solo en clases inferiores, muchos paisanos, á quienes agracian los Ministros.

Entre nosotros, no hay milicias voluntarias propiamente dichas, pero durante las revoluciones, se suelen levantar fuerzas irregulares con distintas denominaciones, que despues por lo comun, son refundidas en el ejército.

Por lo que hace á la alimentacion de las tropas en campaña, poco se preocupa el Gobierno. Puesta en marcha una fuerza cualquiera, el que la mande, cuidará de alimentarla con los recursos que halle en el camino. Jamás se lleva proveeduría y aún cuando la hubiera, se carecería de medios para trasportarla.

En la presente campaña, las únicas provisiones que se reunieron en la Encarnacion, ademas de las reses que allí se mataron, fueron algunos sacos de harina, poquísima galleta y unas cuantas carretas cargadas de *piloncillo* y de aguardiente.

Nuestro ejército no tiene trenes propios, en que conducir sus municiones, equipajes, etc. Cuando marchan las tropas, embargan mulas de carga, ó carros del comercio, de distintos portes y construccion.

El armamento de nuestra infantería, consiste en fusiles viejos ingleses, de chispa, de diez y nueve adarnes de calibre.

La caballería, que no puede ser mas que ligera, se halla armada, una parte, con sable y mosqueton de chispa; y la otra, que es el mayor número, usa ademas la lanza.

La artillería, pertenece al sistema ya envejecido de Griveaubal, conteniendo diversidad de calibre, y montada sobre pesadas y toscas cureñas: carece de obuses largos que son de grande efecto, y se halla arrastrada por mulas guarnecidas con atalajes de pechera y bolea, (*) que la hacen en extremo lenta para las maniobras.

Ni en alcances, ni en movimientos, puede competir con la del enemigo.

Carecen las baterías de carros de municiones apropiados, para proveerlas durante el combate, haciéndose este servicio á lomo de mulas, con mil inconvenientes.

El número de hombres que presentó el Ejército Mexicano en la

(*) A excepcion de cuatro baterías de artillería á caballo.

Batalla de la Angostura, está muy lejos de ser el que dice el General Taylor, como demostraré en seguida.

El dia 19 de Febrero, pasó revista el ejército en la Hacienda de la Encarnacion, con catorce mil, cuarenta y ocho hombres, de los cuales, tres mil ochocientos treinta y siete eran de caballería.

El General D. José Vicente Miñon, se separó del ejército con mil dociientos caballos, con instrucciones especiales.

Por lo tanto, el ejército se movió de la Encarnacion con doce mil ochocientos cuarenta y ocho hombres: esto es, suponiendo que desde el 19 de Febrero hasta el 21 no hubiese habido desercion, lo que no es de presumirse, mucho más hallándonos acampados.

Durante las veinticuatro horas de marcha, verificada una parte de ella de noche, y luchando con dificultades, no creo exajerar suponiendo, una baja de quinientos hombres, entre rezagados y desertores.

Quedaban, pues, nueve mil dociientos setenta y un hombres de infantería, número poco superior al que presentaba el enemigo.

Cierto que éramos muy superiores en caballería; pero los esfuerzos que pudiera hacer esta arma, quedaban completamente nulificados por la configuracion del terreno.

En cambio, la artillería del enemigo tenía gran superioridad sobre la nuestra, tanto en cantidad, como en calidad.

Nosotros no podiamos contar mas que con once piezas de batalla.

A saber:

Cinco cañones de 8.

Cinco id de 12.

Un obus corto de 7 pulgadas.

El resto, hasta diez y siete, eran cañones de sitio y plaza, que en mala hora se llevaron, y los cuales no podian utilizarse, sino en determinados puntos del campo.

Pero la gran superiodidad del enemigo, consistía en la ventajosa posicion que ocupaba.

Creo haber proporcionado los datos necesarios, para que se puedan juzgar con acierto, los acontecimientos que en seguida voy á referir.

Febrero 23.

Durante la noche anterior no ocurrió otra novedad, que un tiro-teo sin importancia, que sólo duró algunos minutos.

Apénas había aparecido en el horizonte una pálida faja de luz, cuando en el cerro de la derecha **A** comenzó un fuego de fusil bastante activo.

El enemigo, reforzando sus tropas, intentaba desalojar á las nuestras que se sostenían bien.

Para apoyar este ataque, los americanos avanzaron su primera línea hasta **D. D.** formando un orden escalonado, en el que rehusaban su derecha fuertemente establecida.

Avanzaron destacamentos hasta **E. E. E.** para defender el paso de la primera barranca.

Destacaron en seguida, una gran columna **F.** con objeto, sin duda, de ligar el ataque al cerro, y envolver nuestra derecha despues de tomado aquel, si ántes no podía abrirse paso á viva fuerza.

Las tropas que pernoctaron sobre la loma **C. C.** que domina el camino, y formaban la extrema derecha de la línea americana, fueron trasladadas al centro para reforzarlo.

Miéntas esto tenía lugar, nuestras tropas comenzaron á moverse marchando á su frente.

La batería de la derecha, compuesta de las cinco piezas de á 8, mandada por el Capitan de artillería á caballo D. Benigno Ballarta, se situó en el punto **G.** que dominaba perfectamente.

La primera línea de infantería sostenida por la segunda, descendió á la primera barranca, y bajo el fuego del enemigo, forzó el paso **E. E. E.** ocupó la loma, y formada en batalla, rompió un vivísimo fuego de fusil.

El resultado de este primer choque, fué el haber tomado un cañon de á 4. de los que se perdieron en Monterey, y causado al enemigo muchos muertos, que quedaron en el terreno que se ocupó.

La toma del cañon se la disputaron los batallones de Querétaro y de Aguascalientes.

Por el camino, cubriendo la izquierda de la batalla una columna

H., compuesta de Zapadores y otros dos batallones, al mando del Coronel de Ingenieros D. Santiago Blanco; pero no pudiendo desplegar en lugar tan encajonado, ni sufrir en la inaccion el fuego de la batería enemiga **I.** tuvo el Coronel Blanco que mandar variar de direccion á la columna, y coronar la loma que estaba á su derecha donde el combate se había empeñado fuertemente.

Al mismo tiempo que en nuestra izquierda y centro, tenían lugar estos sucesos; en la derecha era arrollado el enemigo que atacaba el cerro, á pesar de los nuevos refuerzos que había recibido.

Los cuerpos ligeros, descendieron de la altura cargando á la bayoneta sobre los americanos, que se retiraron en desórden, sufriendo pérdidas de consideracion.

En esta carga, nuestros soldados se manifestaron implacables hiriendo con las bayonetas á cuantos alcanzaron. En vano muchos americanos, arrojando el arma, mostraban á los nuestros los rosarios de que iban provistos, gritando que eran cristianos. Solamente debido á la eficaz intervencion de los oficiales, se pudieron salvar algunos, que dejados á retaguardia sin escolta, lograron escapar y volver á su campo.

En estos momentos, las líneas empeñadas, hacian fuego en toda su extension á medio tiro de fusil. La gran columna americana que apoyaba la izquierda de su primera línea, avanzaba intrépidamente sobre nuestra derecha.

Pero las cinco piezas que mandaba Ballarta, en cuya batería se hallaba el General Micheltorena, por órden del General en Jefe, hacian un fuego tan vivo y certero sobre aquella columna, que se veía á cada momento obligada á detenerse para reformarse.

En tales circunstancias, los cuerpos ligeros desplegaban en batalla en el punto **J.** tomando de flanco la línea enemiga, y rompiendo un vivo fuego. La columna batida de frente, de flanco, y tambien por la batería de Ballarta, ya no pudo avanzar; hizo alto y trató de desplegar de alguna manera; pero pronto entró la confusion en sus filas, y se dispersó completamente, viéndose el campo lleno de fugitivos.

Este episodio de la batalla, está representado en el croquis adjunto: puede decirse, que entónces fué la crisis de aquella funcion de armas.

La primera línea enemiga, viéndose desbordada por su izquierda, no pudo sostenerse, y se replegó hacia **L L** protegida por la segunda línea.

Nuestras tropas no pudieron seguir inmediatamente, porque habían sufrido mucho, y era necesario reformarlas y reforzarlas con la segunda línea; tanto más, cuanto que algunos cuerpos de reclutas habían tenido gran número de dispersos.

Los del enemigo, habían ido á rehacerse entre su segunda línea y la reserva.

La Brigada ligera cuya mision debía de ser, la de batir las líneas americanas por el flanco, mientras que las otras tropas las atacaban de frente; llevada de su entusiasmo, ó tal vez, por orden expresa, abandonó el puesto que ocupaba, y formando en columna, siguió avanzando por la falda de las montañas de la derecha, hasta llegar á la Hacienda de Buenavista en **M**, donde halló una enérgica resistencia, que por carecer de artillería no pudo vencer.

Tuvo, pues, que retirarse con bastante dificultad, porque el General Taylor con tropas de su reserva, le impedía la vuelta á nuestro campo.

La batería del Capitan Ballarta, dejó la posición que tenía, y aunque con algun trabajo, logró pasar la barranca que tenía delante, cerca de su nacimiento, y avanzó hasta el punto **N**, centro de nuestra línea, donde desplegó en batería y rompió de nuevo su fuego.

La estrema derecha, quedaba pues, sin artillería.

Creo, que con un poco de esfuerzo, pudo haberse llevado la batería de á 12, al lugar que ahora ocupaba la de á 8, y ésta, situarla en la derecha de la batalla, para apoyarla, y para cruzar su fuego con la primera.

No comprendo la causa por que no se tomó esta determinacion, tanto más cuanto que la batería de á 12, apenas pudo hacer algunos disparos durante la jornada, porque en el lugar de su emplazamiento, la ofuscaban las desigualdades del terreno.

La caballería, avanzó dividida en dos grandes columnas, tomando una de ellas por la falda de las montañas de la derecha, y la otra por la izquierda, siguiendo el camino del Saltillo. En el campo quedaron algunos escuadrones de reserva.

La Columna que marchó por la derecha, caminó al principio sin hallar obstáculos, pero despues, sostuvo algunos combates hasta llegar á la Hacienda de Buenavista, donde derrotó á la caballería americana, teniendo que retroceder al ser atacada, por fuerza que sacó el enemigo de su reserva para auxiliar la hacienda.

Parte del Regimiento de Coraceros revasando el campo enemigo, le fué imposible volver por entónces á nuestras líneas.

Durante el avance de esta columna, ocurrió el episodio siguiente:

El Comandante de Escuadron del Regimiento de Húsares D. Juan Luyando, iba á pasar con la lanza á un riflero; pero poniendo éste rodilla en tierra demandando gracia, Luyando lo dejó y pasó adelante. El riflero se levantó en el acto, y apuntando al que le debía la vida, lo derribó del caballo, atravesándolo con una bala. La muerte del comandante, fué en el momento vengada por sus soldados.

La columna de la izquierda, encajonada, y batida por la batería **I**, no pudo continuar por el camino real. Varió de dirección á la derecha, y pasando por retaguardia de la primera línea, maniobró por el ala derecha, sosteniendo varios combates hasta llegar á Buenavista, de donde tuvo que retroceder, por no poder vencer la resistencia que en la hacienda le opusieron.

Estos ataques aislados contra un edificio fuerte, no podian producir resultados favorables. Si los esfuerzos de los cuerpos ligeros, y de la caballería, se hubieran dirigido simultáneamente sobre los flancos y las espaldas de las líneas enemigas, que ya combatian de frente, el éxito hubiera sido completo.

Gran pena causaba el ver, que mientras las tropas se batian bizarramente forzando al enemigo á replegarse, algunos cuerpos de reclutas sufrían gran dispersion, viéndose el camino de Aguanueva lleno de fugitivos, sin que los escuadrones de reserva se ocupasen en detenerlos y organizarlos.

No se puede negar que los americanos combatieron brillantemente, ni que su general maniobró con habilidad; pero á pesar de sus esfuerzos, tenían perdida la batalla desde el momento en que nuestras tropas, desbordaron la izquierda de sus líneas.

Sin las faltas cometidas por nuestros generales, sin la carencia de dirección que se notó desde aquel momento crítico, la posición del Ejército Americano era insostenible,

Así sin duda lo juzgó el General Taylor, comenzando á preparar su retirada por el camino del Saltillo.

Probablemente era su designio, irse retirando por escalones, para cuyo efecto se presta admirablemente el terreno, y procurar así, ganar la ciudad de Monterey.

Si aquella retirada se hubiera verificado, enorgullecidas nuestras tropas, habrían cargado con mayor brio; la caballería, aprovechando los lugares escampados, no hubiera dejado reposo al enemigo; y éste se hubiese visto obligado á dejar en el campo una parte de su material de guerra: esto es, si antes de llegar á Monterey no quedaba terminada su completa derrota.

Por desgracia, nada de esto sucedió. La columna de carros que inició la retirada, sin duda tuvo noticia de la presencia de la caballería del General Miñon. No pudiendo seguir adelante, ni esperar tropas que la protegieran por hallarse todas empeñadas en la batalla; no tuvo más remedio que retroceder, y formar un reducto con los carros junto á la Hacienda de Buenavista, para aumentar la resistencia.

La polvareda y el gran movimiento de aquella columna de carros que llegaba al trote, por el camino del Saltillo, hizo creer al principio, que los americanos recibían refuerzos: luego, aplicando los anteojos, y tomando noticias, se supo lo que realmente acontecía.

El General Taylor estaba, pues, sin retirada, encerrado en una garganta cuyas salidas ocupaba el Ejército Mexicano.

Pero el enemigo tenía víveres, mientras nosotros no contábamos siquiera con una ración por plaza. Ni aún los oficiales tenían con que alimentarse. Por consiguiente, no había esperanza de obligar á Taylor á rendirse por hambre. Era indispensable destruirlo con las armas.

Así pues, la combinación de colocar la columna de caballería del General Miñon, á retaguardia del enemigo, salió contraproducente.

La máxima de, *A enemigo que huye, puente de plata*, hubiera sido conveniente observarla en esta vez. Por lo demás, el General Miñon no tomó parte en la batalla.

Serían las once de la mañana, y la lucha seguía con encarniza-

miento. El número de nuestros muertos y heridos era considerable. El General Lombardini que mandaba una division, el General D. Angel Guzman que mandaba una brigada de caballería, y muchos jefes y oficiales, habían sido conducidos á la ambulancia.

Los americanos se habían rehecho, despues de la terrible crisis que acaban de pasar, y relevadas sus líneas se aprestaban de nuevo al combate.

Es verdad que á pesar de sus esfuerzos, no podían recobrar el terreno perdido; pero detenían en su marcha victoriosa á nuestros soldados.

La lucha continuaba, sin que la balanza se inclinase á uno ú otro lado.

El General Santa-Anna, había caído con el caballo que montaba, y que una bala de metralla había herido en la cabeza.

El tiempo corría, el número de víctimas aumentaba, y el combate no tenía trazas de cesar.

Mas, repentinamente, se formó una gran tormenta, que descargando abundante agua sobre los combatientes, los obligó á suspender la lid. En esto serian las dos de la tarde.

Ambos ejércitos aprovecharon el tiempo en reorganizarse para volver á la contienda, cuando un magnífico arco-iris, abrazando los dos campos, parecía invitarlos á la paz.

Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algun tiempo. Solamente la batería de piezas de á 16 situada en O., había entablado un duelo con la batería enemiga I, pero sin obtener resultado alguno notable.

Entónces ocurrió un suceso, que es necesario consignar.

De una de las barrancas inmediatas, salió al camino, un hombre á caballo con vestido de paisano, y á todo correr, tomó la direccion de la batería enemiga.

Todos creyeron que fuera algun explorador del enemigo que trataba de refugiarse en su campo, ó que llevase alguna noticia.

Pero, aquel hombre, cuando se vió entre los cañones americanos, reboleó su lazo, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupos á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas que afortunadamente no le tocó.